

VI.

Al cabo de un mes, el doctor y el teniente eran muy amigos. La conformidad de su edad y su carácter, y aún más, la circunstancia de hallarse siempre juntos desde la mañana hasta la noche, en un pueblo en que puede decirse que no había otros jóvenes de su condición, hizo que en poco tiempo intimasen mucho y que se quisieran como amigos antiguos; pero durante aquel mes, uno de ellos, el oficial, había cambiado de costumbres de un modo singular.

Los primeros días hizo traer de Nápoles ciertos libracos, y por la noche, durante un par de semanas, se ocupó tan sólo de leer, tomar apuntes, y entablar con el doctor largas y abstrusas discusiones que casi siempre terminaba diciendo:

—Basta, yo creo que en este caso los médicos tienen poco ó nada que hacer.

—Veremos lo que consigue usted—respondía el doctor.

Y de este modo se separaban, para reanudar la discusión al siguiente día.

Cierta tarde, después de haber tomado informes del alcalde, el oficial llamó al único sastre del pueblo; luego había ido á la tienda del único sombrerero, y á seguida al único almacén de ropas. Pasados cuatro días salía á pasear por la orilla del mar con traje completo y flamante de lienzo, ancho sombrero de paja y corbata azul.

La misma noche, al encontrarlo, díjole el doctor:

—Y bien, ¿qué tenemos?

—Nada.

—¿Ni tan siquiera un indicio?...

—¡Nada! ¡Nada!

—No importa; perseverancia.

—¡Oh! ¡ya lo creo!

El recaudador de contribuciones había cantado durante muchos años, y sabía tocar varios instrumentos. Un día el oficial dirigióse á él, y le dijo sin preámbulos:

—¿Quiere V. hacerme el favor de enseñarme á tocar la guitarra?

Y el recaudador, á partir de aquel día, daba por mañana y tarde lección de guitarra al teniente, y éste adelantaba de un modo prodigioso; tanto, que al poco tiempo ya le acompañaba con el instrumento cuando aquél cantaba.

—Debe V. tener buena voz,—díjole un día el maestro.

Y en verdad tenía una voz muy agradable. Co-

menzó también á aprender á cantar, y al cabo de un mes, se acompañaba á la guitarra las cantinelas sicilianas, con tal garbo y dulzura, que era una delicia escucharle.

—Hemos tenido aquí otro oficial que también cantaba muy bien,—decíale á veces el recaudador. Recuerdo una cavatina, añadió un día, que tenía siempre en los labios... una cavatina... aguarde V., ¡qué bien la cantaba! Comenzaba... la había compuesto él ¿sabe V.? comenzaba así:

Carmela, yo de hinojos
postrándome á tu planta;
mirándome en tus ojos
con alegría santa,
tu aliento respirando
dichoso viviré.

Y cuando rompa el lazo
el Dios que nos ha unido,
cual niño en el regazo
materno adormecido,
sobre tu pecho en éxtasis
dichoso moriré.

—Decídmela otra vez.—El recaudador la repetía.—Cantádmela;—y la cantaba.

Otro día, después de haber hablado largamente con el estanquero que tenía la tienda al lado de su casa, fué á buscar al sargento de carabineros, y le dijo:

—Sargento, me han dicho que tirais muy bien el sable.

—¿Yo? ¡Si hace ya dos años que no me he ejercitado!

—¿Quereis que cambiemos de vez en cuando algunos sablazos?

—Como V. guste.

—Entónces, fijemos la hora.—Y fijaron la hora.

Desde aquel día, todas las mañanas los que pasaban por la plaza oían el repetido golpear de los sables y el ruido de pasos y voces en la casa del teniente. Eran él y el sargento, que se ejercitaban en la esgrima.

—Ese experimento podías ahorrártelo,—dijo un día el doctor al oficial.—¿Le ha producido algún efecto?

—Ninguno, pero debía probarse; me han dicho que él tiraba al sable todas las mañanas con el sargento á esta hora misma, y que ella, no gustándole verlo, bajaba á la plaza...

—¡Ay, amigo mio! Se necesita algo más: se necesita alguna otra cosa.

VII.

Había pasado mes y medio desde la llegada del nuevo destacamento. Una noche estaba el oficial en su casa sentado á la mesa, enfrente del médico, y atizando con la pluma metálica la mecha de la bujía.

—¿Cómo quieres que concluya esto?—decía.—Me volveré yo loco tambien; así es como concluirá. Creo que me avergüenzo de mí mismo. Hay momentos que pienso que todos se me estarán riendo.

—¿Reir, de qué?—preguntaba el doctor.

—¿De qué?—repitió el oficial, para tomarse tiempo de contestar;—reir de esta... compasión hacia esa pobre desdichada; de mis experimentos, de mis tentativas... inútiles.

—La compasión no puede dar motivos á risas ni burlas.

Después clavó los ojos en el rostro del teniente, y continuó:

—Dime la verdad, ¿estás enamorado de Carmela?

—¿Yo?—repuso vivamente el oficial, y quedó suspenso en este interrogante, poniéndose encarnado hasta las orejas.

—Tú. Dime la verdad, sé sincero. ¿No soy tu único amigo?

—Sí que lo eres; pero por lo mismo que quiero ser sincero contigo, no debo decirte lo que no es,—contestó el otro.

Calló un momento, y después púsose á hablar apresuradamente, ora palideciendo, ora encendiéndosele el semblante, balbuceando, embrollándose y contradiciéndose, como un chiquillo cogido *in fraganti* y obligado á confesar y contar sus travesuras.

—¿Enamorado yo? ¿Y de Carmela? ¿De una loca? ¡No es mala ocurrencia, amigo mio! Pero ¿cómo te vino á las mientes una extravagancia de ese jaez? El día que eso sucediese... te autorizo para decir al coronel que me han sorbido los sesos y que hay que encerrarme en una casa de orates. ¡Enamorado!... Me haces reir sin gana. Me inspira compasión esa pobre criatura: eso sí, profunda y vivísima compasión; no sé qué daría por verla curada; haría por ello de buen grado cualquier sacrificio, y me alegraría de su curación como si fuese una persona de mi familia. Todo esto es verdad; pero de ahí á estar enamorado hay mucha distancia. La quiero bien, eso tambien es cierto; pero creo que tú tampoco la quer-

rás mal, porque la compasion va siempre unida al afecto... Y además, la quiero, porque dicen todos que siempre ha sido una muchacha honesta y cariñosa; que á aquel amante suyo, el primero y único, lo habia amado mucho, lo habia amado dignamente, con la idea de llegar á ser su mujer, y sin fiarle su honor ántes de llevar su nombre... Virtud es esta, amigo mio, y virtud digna de toda alabanza; no extrañes, pues, que la admire y que me inspire tanta compasion esa pobrecilla, que merecia ser feliz y á quien cupo en suerte tan inmensa desgracia. ¿Cómo no compadecerla y estimarla? El mismo carácter de su locura, ¿no es la revelacion de un alma buena, amorosa y noble? De sus labios no he escuchado más que palabras dulces y modestas, y cuando me pone las manos sobre los hombros, cuando me acaricia y besa las mias, actos de loca son los que ejecuta, pero nunca pasan los límites de la decencia. ¿La has sorprendido nunca en actitud deshonesta? Estoy seguro de que no, y por esta razon le he cobrado afecto. ¡Pobre muchacha, abandonada de todos!... ¡Sola y despreciada por esas calles como un perro! ¿No es verdad que tú la estimas tambien? Y su misma belleza... porque es muy bella... ¡bella como un ángel, esto no se puede negar, mírale bien los ojos, la boca, todas las facciones!... ¿Y las manos? ¿No has reparado nunca en las manos que tiene? ¿Y el cabello? Desgreñado

como lo lleva, parece una fiera; pero es lo cierto que tiene un pelo hermosísimos... y despues, si fuese vestida de otro modo... Pues bien, esa misma hermosura suya contribuye á aumentar mi compasion. Al mirarla, no puedo ménos de decir en mi interior: ¡qué lástima! ¡No poder amar á una criatura tan preciosa! ¿No es verdad que si esa muchacha estuviese en su sano juicio como las demás, haria enloquecer á cualquiera?... Y aún así, hay momentos en que, si no supiese que tiene trastornada la razon, haria una tontería; por ejemplo, cuando clava sus ojos en los míos y despues sonrie diciendo: «bien mio,» y por la noche, cuando no se le ve el rostro, y oigo solamente que me habla, que me dice con mucha dulzura «que me esperaba, que quiere estar conmigo hasta que amanezca, que soy su único amor...» ¿Qué sé yo? En aquellos momentos he de dominarme mucho para creer que está loca. La miro, la oigo como si estuviera en su juicio, como si sintiera realmente lo que me dice, y te aseguro que miéntras me dura la ilusion, el corazon me palpita... Pero ¡cómo me palpita! como si estuviese enamorado; y pruebo á llamarla por su nombre, no sé por qué... con una vaga idea... con la ilusion de que me responda algo que me revele su curacion súbita...—¡Carmela! le digo,—y ella—¿Qué quereis?—¿No es verdad que no está usted loca?—le pregunto.—¿Loca yo?—contesta,

y me mira con un aire de sorpresa que me haría jurar que no le está.—¡Carmela!—grito entónces, exaltado por una dulce esperanza,—dime otra vez que no estás loca.—Ella me contempla atónita un corto rato, y rompe en ruidosa carcajada. ¡Ay, amigo! créelo, entónces me daría de cabezadas contra la pared. Tú sabes cuánto he hecho por ver de restituírle la razon; pero no lo sabes todo. Casi todas las noches la he hecho venir á casa, he hablado con ella horas enteras; le he tocado y cantado las coplas que su amante le cantaba; he probado á decirle que estaba enamorado de ella, á colmarla de caricias, á fingir que lloraba y me desesperaba, á dejarle hacer conmigo lo que quería, abrazarme, acariciarme como las madres á sus hijos; he probado á hacer lo mismo con ella, y con qué emocion lo hiciera, ya te lo puedes figurar. No sé si sentía miedo ó vergüenza, ó remordimiento, ó todo esto junto: lo cierto es que, al besarla, temblaba y palidecía como si besase un cadáver, y á veces me parecía cumplir un sacrificio generoso y me regocijaba en el fondo del alma, y junto con los besos caian sobre sus mejillas mis lágrimas; y en otros momentos me parecía que perpetraba un crimen, me horrorizaba de mí mismo... ¡He sufrido cuanto se puede sufrir, querido amigo, y todo en vano; y conforme aumentaba la desesperacion, se encendía más viva y obstinada en mi pecho esta funesta fie-

bre!... Y no puedo dormir por la noche, porque sé que ella está allá abajo acurrucada ante mi puerta; y acosado continuamente por esta idea, me parece que de un momento á otro voy á oír que golpea los vidrios de la ventana y que aparece delante de mí con el rostro desencajado, y que se clavan en mis ojos aquellos dos ojos inmóviles y extraviados. Otras veces me parece que la oigo subir por la escalera, y me siento en la cama, ó creo escuchar en la plaza sus carcajadas, y aquellas risas me producen el efecto de una mano de hielo que me oprimiese el corazon; y no tengo ánimos para asomarme á la ventana y mirar, y me pongo á leer, á escribir, pero siempre con el pensamiento fijo en ella, siempre triste, azorado, casi miedoso, sin saber de qué. Si me pregunto cuándo y cómo concluirá esta angustiosa vida y qué huella dejará en mi corazon, no me atrevo á responder; tengo miedo de mi propia contestacion y oculto las manos entre los cabellos, y dejo caer la cabeza entre las manos... como un desesperado... ¡Oh, amigo mio, dime que no me volveré loco, porque siento que el corazon se me despedaza y que el juicio se me trastorna!

Y extendió una mano para tomar la del doctor; este se le acercó más, aproximando la silla, y conmovido como estaba, hasta el punto de no encontrar palabras, púsole ambas manos sobre los hombros, contemplólo un instante y lo abrazó.

De repente el oficial separó la cabeza de los brazos del amigo, levantó el rostro lagrimoso y lo miró con una mirada en la que brillaba una incipiente sonrisa.

—Y bien, preguntó el otro con placentera ansiedad.

—¿Si se curase?—exclamó el oficial con el semblante serenado de improviso; —si volviese á ser lo que ántes era, si recobrase la razon y el sentimiento, y sus ojos perdiesen por siempre aquel extraño resplandor y aquella mirada fija que da miedo, y su boca no repitiese más aquellas horribles carcajadas, y un día en su cabal juicio me dijese: «Te doy las gracias, te bendigo, porque me has devuelto la vida; te lo agradezco y te amo...» ¡Y llorase entónces! ¡Verla llorar, sentirla hablar razonablemente, encontrarla siempre hermosa, peinada y limpia como las demás muchachas, y verla volver á la iglesia á rezar, y ruborizarse como anteriormente, y recóbrar uno por uno, como en una segunda infancia, todos los afectos castos y suaves, que de su corazon han desaparecido!... ¡No encontrarla por la noche al pié de esa escalera, tener que ir á buscarla á su casa, al lado de su madre, ocupada en trabajar, tranquila, contenta!... ¡Oh, Dios mio! si pudiera decirse que yo la habia cambiado así, que la habia resucitado, que la habia vuelto á dar todas las esperanzas y afectos; que la habia restituido á la

familia, á la felicidad... ¡Ay amigo mio!—pro-rumpía asiendo estrechamente las manos al doctor y mirándole con los ojos llenos de lágrimas— me parecería ser... un Dios, me parecería haber creado yo también alguna cosa, poseer dos almas y vivir dos vidas, la mia y la suya; pareceríame mia esa criatura; pensaría que el cielo me la habia predestinado, y la presentaría á mi madre como si fuese un ángel... ¡Oh! yo no podria gozar tanta felicidad; enloqueceria de júbilo!!!

Y dejó caer la frente sobre su manos llorando.

— ¡Amor mio! —se oyó gritar en aquel momento en la plaza.—Púsose en pié el oficial y dijo resueltamente al médico:

— ¡Déjame!

El médico le estrechó la mano, le dijo ¡ánimo! y partió.

El teniente permaneció algunos minutos inmóvil en medio de su cuarto, dirigióse despues á la ventana, la abrió, dió un paso atrás y estuvo contemplando un instante el magnífico espectáculo que á su vista se presentaba. La noche era límpida y clara. No se movia el viento. Delante de la ventana se dibujaba la parte baja del pueblo, los tejados, las calles desiertas, el puertecillo, la playa, iluminada tan bien por la luz de la luna, que se hubiera podido ver las personas que pasasen como si fuese de dia. Y despues el mar, quieto y brillante como un estanque, y allá léjos, muy

léjos, las montañas de Sicilia, tan distintamente dibujadas como si estuviesen á doscientos pasos, y por todas partes silencio profundísimo. ¡Oh! si pudiera yo gozar esta paz y este sosiego, pensó el oficial, midiendo con la mirada la inmensidad de aquel mar... Y se asomó palpitando á la ventana, y miró abajo. Carmela estaba sentada á la puerta.

—¡Carmela!

—¡Querido!

—¿Qué haces ahí?

—¿Qué hago?... Espero. Bien lo sabes. Espero á que me hagas subir. ¿No me quieres esta noche?

—Voy á abrirte.

Carmela, muy contenta, se puso á batir palmas y á brincar.

La puerta se abrió y apareció el oficial con la luz en la mano. Carmela entró, le tomó la luz, pasó delante de él y subió la escalera presurosa, murmurando:

—Ven, ven, pobrecillo;—y despues, volviéndose para darle la mano: —Dale la mano á tu pequeña—añadió—y lo condujo de la mano hasta la habitacion.

Allí el oficial la hizo sentar delante de él, y con la paciencia de Job comenzó á repetir todas las pruebas, todas las tentativas de los dias pasados, é ideó otras, y las experimentó una y otra vez,

siempre con más atenta solicitud y con interés más vivo, simulando amor, odio, ira, dolor, desesperacion; pero siempre en vano. Ella lo miraba y lo escuchaba atentamente, y cuando habia concluido, preguntábale riendo:

—¿Qué es lo que tienes? Pobrecillo, me das pena; y le tomaba las manos y se las besaba con la apariencia de la más profunda compasion.

—¡Carmela!—exclamó finalmente el oficial para intentar una nueva prueba.

—¿Qué quieres?

Hízole señal de que se acercase. Ella se aproximó lentamente, mirándolo con intenso afecto á los ojos; despues, de súbito, se dejó caer sobre su pecho estrechándole el cuello con los brazos; y poniéndole los labios al oido, prorumpió con voz sofocada:

—¡Querido mio!...

El pobre jóven, á quien se le trastornaba la cabeza, le pasó el brazo por el talle para sostenerla, y casi sin advertirlo la dejó caer sobre el canapé, junto á la mesa... Carmela se levantó súbitamente, puso el rostro serio, pareció que pensaba en algo, y despues murmuró con ligera expresion de disgusto:

—¿Qué es lo que haces?

El oficial entrevió un relámpago de esperanza y permaneció mudo y ansioso contemplándola.

Carmela estuvo un momento pensativa ó pare-

ció que lo estaba, y despues, sonriendo de una manera singular, como no habia sonreido hasta entónces, dijo:

—¿Estamos ya casados nosotros?

El oficial sofocó un grito y con los ojos clavados en el cielo y el extremo del índice en los labios, pálido, convulso, pensó un momento la respuesta. Aquel momento bastó para que Carmela, levantando los ojos á la pared, viese un sombrero de copa alta colgado de una percha, y rompiese en estrepitosa carcajada; lo tomó, se lo encasquetó, y se puso á brincar por el cuarto dando voces.

—¡Carmela! — gritó dolorosamente el oficial. Y ella brinca que brinca.

—¡Carmela! — gritó otra vez, y se adelantó hácia ella. La loca, asustada, se lanzó á la escalera, y en dos minutos estuvo en medio de la plaza, siempre saltando, gritando y desternillándose de risa.

El oficial se asomó á la ventana.

—¡Carmela! — gritó una vez más con voz ahogada, y despues se cubrió el rostro con las manos, dejándose caer sobre una silla.

VIII.

La siguiente mañana, apénas se levantó fué á casa del doctor. Este, así que lo vió con aquellos ojos enrojecidos y aquellas facciones tan descompuestas, comprendió que iba á buscar consejos y consuelos, y haciéndolo sentar, comenzó á endilgarle un sermon en debida forma. Pero el oficial no lo escuchaba, y parecia preocupado en otra idea.

—¡Ah!... — exclamó — ¡y no se me habia ocurrido aún!

—¿Qué?... — preguntó el doctor.

No contestó el oficial; tomó papel de cartas, empuñó la pluma y se puso á escribir apresuradamente. Cuando hubo concluido, leyó:

«Señor teniente: Sin preámbulos, como se acostumbra entre militares: hace mes y medio que estoy al frente del destacamento de *** , que mandó V. tres años há durante los meses de Julio, Agosto y Setiembre. He conocido en este pueblo una muchacha de diez y ocho ó veinte

años, que se llama Carmela, loca desde hace dos años, y que lo está, según se dice, por el amor que á V. profesa. ¿Qué es lo que pasó después de partir V.? Usted debe saberlo y debe conocer igualmente el carácter especial de su locura, porque me dicen que se la escribieron. La suerte infelicitísima de esta criatura promovió en mí, desde que la ví por vez primera, profunda compasión, y probé todo para devolverle el juicio. Me vestí como se vestía V., aprendí á tocar y cantar como usted, me acomodé á todos sus hábitos y costumbres, que pude averiguar por los que lo han conocido aquí; manifesté que la amaba, le hablé de V., me fingí V. mismo, pero siempre en vano.

«No puede V. creer cuán doloroso me ha sido ver disipadas una tras otra todas mis esperanzas; pero falta aún un medio que probar, y está en su mano. No me lo niegue V.; atienda mi ruego, y hará una buena acción. Escúchelo: se dice que uno de los medios más eficaces de curar á los locos es representarles con los más minuciosos detalles y la más escrupulosa exactitud algun grave acontecimiento que haya precedido á su enfermedad, sea ó no la causa directa de ella. He pensado que repetir exactamente á Carmela la escena del día que V. partió, podría producir algun efecto. He preguntado á muchas personas del pueblo, y sólo he podido saber que V. se marchó de noche y que ántes de marchar cenó en su

casa en compañía del alcalde, del sargento de carabineros y otras varias personas. Las particularidades de aquella cena y de la partida no se recuerdan bien: le ruego con el interés de quien demanda una obra de caridad, que cueste poco ó nada á quien la ha de hacer, y puede devolver la vida y la felicidad á aquel por quien se hace, que me escriba todo lo que recuerde. Déme minuciosa cuenta de las personas, de lo que hicieron, de lo que hablaron, de todo, y especialmente procure decirme la hora y el minuto en que acontecieron, sobre poco más ó ménos, los incidentes más notables: cuénteme las cosas con claridad y orden.

«Hágame este gran beneficio, se lo suplico; le quedaré reconocido toda la vida. No añado más; confío en la generosidad de su corazón.

«Le estrecho la mano como buen camarada, y queda á sus órdenes, etc., etc.»

—¿Qué te parece?

—Divinamente pensado—respondió el doctor, que habia oido la lectura de la carta con la mayor atención. ¿Sabes su nombre, su regimiento, su dirección?

—El alcalde lo sabe.

—¿Y crees que te contestará?

—¡Ya lo creo!

Contestó con efecto, y contestó una carta de ocho carillas en la que contaba todas las particu-

laridades solicitadas respecto á las personas, las cosas, la hora y todo. Pero no habia un solo comentario, una sola alusion á su pasado amor, una sola palabra que se refiriese á otra cosa que á aquella cena y á aquella partida, una sola sílaba ajena á las preguntas que se le hacian, ni siquiera un acento de compasion para Carmela.

Pero aquella carta seca y minuciosa daba á entender que al escribirla habia sentido que le apretaban mucho los remordimientos. A no ser así, hubiera encontrado por lo ménos alguna fingida expresion de lástima y de arrepentimiento. Al terminar la carta hubiese dicho por lo ménos: Espero... etc.; pero nada: «á la una de la mañana partió el vapor—decia al final.—Queda á sus órdenes...» y despues la firma.

IX.

—Comprendo, añadió el doctor, apénas acabó de leer la carta su amigo,—comprendo ahora por qué ninguno de los reverendos personajes que asistieron á aquella cena, ha podido referir lo que en ella pasó. ¡Se conoce que empinaron bien el codo!

Aquel mismo dia pusieron entrambos manos á la obra, para preparar la gran prueba. Buscaron al alcalde, al juez, al recaudador, al sargento de carabineros, á todos los demás; y el uno, el doctor, con los argumentos de la ciencia, y con los del sentimiento el otro, á fuerza de explicaciones y razonamientos lograron hacer comprender á todos de lo que se trataba, asegurarse de su cooperacion é inculcar á cada uno el papel que debia representar.

—¡Loado sea Dios!—gritó el oficial saliendo de la casa del recaudador, que fué el último á quien visitó:—lo principal está hecho. Y llamaron á la madre de Carmela, que para entender el proyecto